Año VI — La Plata, 1ª quincena de Abril de 1924 — Núm. 118

IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.30
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal — Editada por la Agrupación del mismo nombre — Administrador: Risto Stoianovich

Motivos

Cada ser es un surtidor de energías. Todos, unos más otros menos, son susceptibles de transformar el dinamismo de sus ideas y de sus vidas, en actos.

Encauzar estas manifestaciones del ser, hacia caminos de luz, de arte, de libertad, es para nosotros el sentido amplio y bello del ideal anarquista.

—

El hombre tiene pasiones, pero son ellas las que impulsan y determinan su vivir. Pretender matarlas, es pretender cercenar en pleno crecimiento el anhelo victorioso de sér, el ansia de vivir. La pasión, es una forma de la energía; una transformación del sentimiento tamizado por el tiempo a través de los diferentes temperamentos que fueron.

—

Ser anarquista significa por lo general, ser intuitivo. Eugenio D' Ors dice que la intuición es una corriente que nos llega de Oriente; nosotros opinamos modestamente, que es el sedimento dejado en los espíritus por siglos de dolor, de angustias y de esclavitud.

Por ella penetramos en la intrincada selva de los conocimientos humanos, antes que estos se hayan hecho realidad tangible o constatación evidente.

¡Cuántas veces nuestra realidad subjetiva se ha trocado en desesperanza objetiva!

Sin embargo, como el niño de la parábola de Rodó, siempre que ello ha sucedido continuamos en el juego de imaginar lo mejor. Por eso la esperanza en el porvenir, la voluntad de luchar, la ilusión de vivir hermanados y felices con todos los seres que nos rodean, jamás ha sufrido ante los arrebatos furiosos de una realidad batida por todas las pasiones...

¡Cuánta energía encierra la intuición anárquica!

José A. Grisolía.

Uruguay.

Comunismo y Anarquía

Anarquía no es precisamente libertad. Y, o esto es así, y entonces, antes de urdir ciertas críticas es menester expresar lo que entendemos por cada cosa que sometamos a nuestra crítica, o no es así, y entonces las palabras no designan nada, o designan cosas o ideas falsas, o, lo que es peor todavía, cosas ambiguas, prestándose por lo consiguiente, como las leyes del hombre, a las interpretaciones más diversas.

Los burgueses han afirmado que anarquía es sinónimo de desorden Y en principio tienen razón: si el gobierno es el orden, como ellos creen o lo dicen, es claro que la anarquía—ausencia de gobierno,—deba ser, lógicamente, el desorden. Lo que caracteriza al gobierno: el orden, caracterizaría, por oposición de términos, a la anarquía, es decir, el *no gobierno*: el desorden.

Sin embargo nosotros hemos reclamado siempre de tal interpretación, después de comprobar y demostrarlo, que el gobierno es el desorden. Y entonces, también por oposición de términos, hemos proclamado la anarquía como principio generador del orden.

Así y todo, anarquía no significa libertad, aunque libertad suponga también la ausencia de gobierno.

La idea de libertad presume absolutamente una idea de plena independencia; la de anarquía, no, ya que negación de gobierno no es, precisamente, negación de esclavitud. En efecto, se puede vivir sin gobierno y continuar, sin embargo, en dependencia: nuestro temor al más fuerte, nuestra debilidad moral, nos mantendría siempre en situación de servidores de aquél y más tarde de vasallos.

De ahí es que los anarquistas se hayan proclamado primeramente socialistas-anarquistas, por afirmación de las relaciones de reciprocidad sociales, a pesar de la ausencia de gobierno; o, viceversa: anarquistas-socialistas, por extensión al medio social de su negación de gobierno.

Después, cuando la palabra socialista perdió su primitivo valor ético-social, a fuerza de ser levantada como estandarte redentorista por politicantes, los anarquistas se dijeron colectivistas. Y todos sabemos que aquella idea de colectivismo de los anarquistas de entonces (que también usaron luego los socialistas políticos y que hoy ni la mencionan) era igual a la de comunismo que hemos continuado propiciando.

En cuanto al individualismo anárquico de un poco más tarde, surgido por reacción natural contra el espíritu de nivelación más que de igualdad y de renunciamiento más que de afirmación, del comunismo, es para nosotros (sacándole la exageraciones y ridiculeces de algunos de los que lo propician y las que le añaden malignamente sus enemigos) más que un principio doctrinario referido a lo social, una expresión de conceptos de salud moral, para la belleza, el acendramiento y la fortaleza de la personalidad. Y es en este carácter que lo aceptamos jubilosamente.

Digámonos, pues, siempre, anarquistas. Esta es la palabra conque se nos conoce y que hemos logrado (permítasenos el término) ciudadanizar en todo el mundo, a pesar de los prejuicios que se le opusieron y a pesar del horror que hoy mismo causa a muchos. Pero no nos olvidemos de afirmarnos comunistas-anarquistas, cada vez que sea necesario darle carácter o relieve social a nuestro principio de negación de gobierno, y para la más clara inteligenciación con nuestros oyentes o con nuestros lectores.

F. Dely.

Consecuencia con las ideas

Amar un alto ideal de perfección humana, significa necesariamente odiar con intensidad todo lo que haya de ruin y degradante en la vida de los hombres; así como han de huir de las tinieblas los que buscan la plena luz del sol, y de las lobregueces de un cuchitril los que quieren aspirar el aire puro de las campiñas, asimismo deben desechar resueltamente cualquier práctica de mezquinidad, de intriga o de autoritarismo, los hombres que tuvieron la entereza de dedicar sus vidas a la obra de materializar en la sociedad una idea tan opuesta y negadora de todo eso cual es la idea anarquista.

Frente a las actividades y modos de proceder de los diversos núcleos que obedecen a tal o cual tendencia social, debemos destacarnos los libertarios con procedimientos y actividades enteramente distintas, cuya diferencia con los de aquellos vaya en la misma razón de la diferencia de las finalidades respectivas. Quiere decir, por ejemplo, que si los políticos en su afán de escalar el poder recurren al halago de los más bajos instintos de la masa, o emplean para ese mismo fin las armas de la calumnia o la insidia contra los adversarios, nosotros, enemigos irreductibles de toda autoridad, no haremos nunca lo mismo que ellos, ni aun para combatirlos restándoles influencia o adeptos entre el pueblo. No lo haremos, porque nuestro objeto no es tan sólo desprestigiar la política, el gobierno, etc, sino más bien la creación de una conciencia libre en el pueblo, depurada de los servilismos, odios y cobardías que hoy la constituyen.

Si nosotros usáramos contra nuestros adversarios y enemigos las mismas armas ruines que contra nosotros suelen emplear ellos, si les achacáramos faltas o maldades que no hubiesen cometido, si manifestáramos contra ellos un odio personal o descendiéramos al insulto procaz o la insidia pérfida y cobarde, no podríamos jactarnos, por cierto, de defender una causa grande y generosa, que está muy por encima de los bastardos recursos propios de aquellos que aspiran únicamente a mandar, a exhibirse o a robar al prójimo de cualquier manera.

La gente, desconocedora de nuestras ideas, identificaría con mucha razón nuestra conducta con la de nuestros adversarios y llegaría a la conclusión de que somos tan malos como ellos, que tenemos sus propios vicios y debilidades. Nuestra prédica en ese caso sería completamente estéril y hasta contraproducente. Sería algo así como la prédica «cristiana» de los jesuítas.

Sin embargo, y aunque nos sea doloroso constatarlo, hemos de reconocer que hay entre nosotros quienes emplean esa «táctica» en la propaganda. Son hombres que indudablemente han perdido aquella fe robusta y purificadora de los grandes ideales, y en los que no quedan más que sedimentos de odio y de despecho. Su actividad en la propaganda obedece más a ese odio y al afán de imponer su espíritu seco y rencoroso, que a un verdadero propósito de idealismo. Tal cosa se desprende claramente de todas sus palabras y actitudes. No hablan más que en tono agrio, irritado, como ceñudos fiscales que ven delitos y delincuentes en todas partes.

No admiten ninguna discrepancia, no ya con sus principios sino con determinados procedimientos circunstanciales, que por deberse a su inspiración han de ser perfectos e indiscutibles. Cualquiera que les adujera algún reparo, se haría acreedor a todas las diatribas y ataques insidiosos, eso, tratándose de quienes abrazan una misma causa, que en cuanto a los adversarios y opositores declarados, no hay límites para la procacidad y el personalismo.

¿Qué resultados puede dar una obra encarada con semejante espíritu? Los únicos que están dando: desconfianza y alejamiento en la masa, cuando no un enervamiento de las mejores energías, de esas energías fecundas que tienen los hombres del pueblo que recién se inician en nuestras ideas. Resultados enteramente negativos.

Es fuerza que sea así. Nuestro ideal anarquista, ajeno al dogmatismo autoritario, al odio personal, a maquinaciones, intrigas y excomuniones, no puede jamás ser abonado con obras que solo destilan rencor, despecho o venganza. Estas son propias de las causas mezquinas, de espíritus autoritarios, de tendencias jesuíticas.

Apartémonos muy lejos de esas modalidades. Si hay alguien que entre nosotros intente emplearlas, opongámosle nuestro franco sentido libertario, sin descender jamás a su mismo terreno estéril. Aunque ese tal sea un personaje por demás «respetable» y lleno de ínfulas.

En esto, como en todo, no hay más que demostrar la superioridad de nuestros procedimientos, por la obra realizada. Y eso se obtiene tan sólo a fuerza de firmeza y actividad. Actuemos sin descanso nuestras ideas y nos sobrepondremos a todas las bajezas que el ambiente hace infiltrar en nuestro campo.

J. Prince.

Gral. Pico.

Sociedad de R. O. del Puerto Ingeniero White y Galván

Con el objeto de reorganizar a los obreros estibadores, esta Sociedad ha renovado su comisión administrativa. Solicitamos a cuantos editen publicaciones de propaganda, el envío de un ejemplar para nuestra mesa de lectura. Dirección: Casa del Pueblo, Ingeniero White, F. C. S.

León Coaraza.
Secretario

Compañeros viejos

Existen en nuestro campo anarquista luchadores «viejos» que por ser tales nunca nos dejan de hablar de las luchas viejas.

Niegan todo el valor de las luchas de hoy, y se lo dan a las de ayer. Y como que son viejos (no tanto de edad, como de espíritu) han perdido la visión, la fe y el entusiasmo en los ideales que, quizás, algún día tuvieron.

De estos viejos sabemos encontrar en todas partes; en las grandes ciudades, como en las chicas, en los pueblos como en los campos.

Nosotros, los jóvenes andariegos que acostumbramos recorrer todos los pueblos y campiñas, cuando llegamos a un punto donde sabemos que hay un compañero conocido (viejo y de prestigio) enseguida recurrimos a él, en busca de enseñanzas, de aliento, de fe. Cuán defraudadas, es frecuente, que salgan nuestras esperanzas.

¡Oh, compañerito—nos suelen decir estos viejos;—ha llegado Vd. a un lugar muy malo; aquí, en este pueblo, no se puede hacer nada; es un ambiente pésimo. Y agregan:—Mire, compañerito; yo soy un compañero viejo en las luchas y tengo algún prestigio; sin embargo no se me hace caso; este es un pueblo de cretinos y tartufos.

Tal es el aliento y el entusiasmo que por lo común nos dan esos compañeros viejos y de prestigio.

Se entiende que tales razonamientos no nos convencen. Y replicamos: Si aquí no hay ambiente, es la misión del anarquista formarlo; y si el pueblo está compuesto de cretinos y tartufos, con más razón deberemos sembrar nuestra semilla, la que tarde o temprano ha de matar al tartufismo.

—No compañerito,—nos contesta el viejo,—aquí Vd. no hará nada. Si no lo he hecho yo, nadie será capaz de hacerlo.

Claro, pues, que los jóvenes hacemos caso omiso de tales consejos, y nos ponemos aun con mayor entusiasmo y voluntad en la obra de propaganda, sin pedir consejos ni pareceres de estos viejos. Entonces, primeramente, se sonríen; y cuando seguimos con nuestras cosas más adelante, sin desmayos ni desalientos, entonces los viejecitos retornan hacia nosotros, pero no ya como hermanos o compañeros, sino como padres o tutores.

¡Ah, si sus cosas no son aceptadas incondicionalmente, como ellos quieren, ¡pobres de nosotros, entonces! Nos aplastan como a cualquier bichito insignificante, con su prestigio y su palabra autorizada de ayer.

Si estos viejos suelen ser para muchos compañeros, como una bandera y una reliquia, a nosotros, franca-

mente «no nos convencen, ni nos alegran».

Compañeros, jóvenes que tenéis ansias y entusiasmos para la lucha, apartaos de esos viejos; dejémosles que se consuelen con su gloria del pasado; nosotros los jóvenes, vayamos al porvenir.

Y vosotros, compañeros viejos, si habéis perdido el entusiasmo y la fe, que quizás algún día habéis tenido, «dejad paso a los jóvenes». No vengáis a nosotros con los tibios consejos de vuestra experiencia, para detenernos en nuestra obra de propaganda que juzgáis estéril; guardáoslos para vosotros, ya cansados, que nosotros igual reconoceremos el valor de los esfuerzos que hayáis desplegado en el pasado. No destruyáis vosotros mismos ese valor.

M. Dukelsky.

Necochea.

Reflexiones

I

Los anarquistas hemos dado en sostener, que en la mayoría de los casos «la profesión anula al hombre», creándole una especie de subconciencia que lo determina a hacer las cosas automáticamente; y ninguna deja huellas tan amargas e infecundas en el campo de la humanidad, como la del «intelectual».

¿No véis en esto negado lo más sublime que el hombre atesora? En la profesión está la ley, y la ley es la guadaña más despiadada para la libertad. Por eso es que el «profesional» del intelecto es el más alto servidor y *vehiculador* (?) de la coacción moral, y en esto gastan todos sus afanes esos bajunos espíritus; afanes de las más crueles y dolorosas consecuencias para la dolorida humanidad, afanes que se han circunscripto—y vaya a saberse hasta cuando será así,—a preparar de antemano refugios y jaulas y la disposición de aceptarlos, a los que vendrán.

¡Con cuánta razón sostenía Elías Reclus, que él era un eterno estudiante, esto es, un hombre que odiaba el arte vil de preparar refugios y jaulas para los seres del futuro!

II

¿Pero, con qué derecho y en nombre de qué moral, se me quiere obligar a que respete y hasta coopere a su sostenimiento, una sociedad que para justificar su razón de ser y de existencia, no supo o no quiso valerse de otros medios que de la traición y la hipocresía, cuando no del patíbulo y del presidio?

III

Una determinada fracción, con objetivos de amor y libertad para el mañana, sin programas ni disciplinas algunas, como la anarquista, por ejemplo, es cual un potro que no conoce ni bozal ni freno: es libre. De ahí que todos los que anhelan dirigir o manejar a los hombres, aun hablando de la sacrosanta libertad, no hagan más que pedir programas y programas, disciplinas y disciplinas: frenos sujetadores, que diríamos, para los potros anarquistas.

¡Programas para todo y hasta para que los seres del futuro se conduzcan y desenvuelvan tal como hoy lo concebimos nosotros! ¡Oh, cuánta soberbia y fatuidad!

¿Quién es capaz de negar que en esto está incluída la idea maligna de un freno y riendas, lo suficientemente potentes como para detener al pueblo cuando este quiera lanzarse hacia la conquista del ansiado futuro?

IV

Es inútil que se argumente y que se le den vueltas: el sindicalismo, para el sostenimiento de sus conquistas no ha hecho otra cosa que valerse y halagar los mezquinos apetitos que la educación burguesa inoculó en el alma del pueblo; todo lo demás que habla bien alto del valor moral de los trabajadores, no le pertenece. De ahí que el sindicalismo—y no confundamos la organización de los trabajadores con el sindicalismo propiamente dicho,—se ha valido y se vale tan solo de la violencia y de la coacción en todas sus manifestaciones. El organiza por la fuerza; y en esas organizaciones hay que desenvolverse bajo el rigor de la disciplina. El no tiene más preocupaciones que las que determina el estómago.

¿Que en toda imposición va el germen de una futura rebelión? ¿Que disciplina y libertad se repelen? ¿Que el hombre, a más de las necesidades del pan tiene los del corazón y el cerebro? Eso no está en el programa de los materialistas y por ende, tampoco, en el de los sindicalistas. Y sino ¿cómo se podrían tener grandes contingentes de disciplinados cotizantes e ir al mismo tiempo destruyendo la natural rebeldía del hambre?

V

Creo que hay error en esa preocupación que le coloca al anarquismo un agregado cualquiera; y lo hay aun en el mejor de los casos, sea éste hijo del deseo de fortalecer la exposición con la comparación aproximada de cómo se vivirá en el mañana, sea como contestación a esa tonta y mal intencionada acusación de que no somos más que destructores. Sí, sostenemos que el no lejano futuro de la humanidad, ha de tener como principio la libertad de cada uno y de todos. Sí, sabemos que el día que sea efectiva esta libertad, será un hecho, por eso mismo, la felicidad también, ya que es la esclavitud la que determinó todo el dolor humano.

El hecho de defender a capa y espada, hoy, una forma cualquiera de organización para el futuro, significa, a mi entender, que no estamos libres, del todo, de esas autoritarias creencias atávicas, y, hay en ello la aceptación de que la organización tendrá una forma estable. Preocupación constructiva que nos hace olvidar que la obra de la pre-revolución es antes que nada destructora,—destructora de cuanto moral y materialmente tenga alguna similitud o reminiscencia autoritaria, fuera o dentro de nosotros.

Además, tenemos el siguiente ejemplo: en sus comienzos, a nuestros principios se les denominaron socialistas-libertarios; luego anarquistas; después colectivistas, individualistas también, más tarde, comunistas, pero lo que no varió fué la concepción anárquica. Llamémonos anarquistas.

E. Latelaro.

Avellaneda.

Idolatría

Ningún hombre de conocimientos amplios dejará de reconocer lo perniciosa que ha sido, es y será, la idolatría.

El idólatra se anula a si mismo, queda reducido a la nada, porque piensa con la cabeza del ídolo y obra de acuerdo a lo que éste ordene. Cuando alguien, despojado de ese pernicioso espíritu, quiere derribar todos los ídolos, por considerarlos contrarios al libre desarrollo de la mentalidad, los idólatras le salen al paso para defender el fetiche y condenar al hereje que no quiere dioses imaginarios, ni ídolos de carne y hueso.

Todos los pueblos tienen marcado con caracteres visibles y rastros imborrables, lo perjudiciales que han sido todos estos mamarrachos, creados por la ignorancia, la incapacidad y el interés de muchos que los han sembrado y alimentado. ¡Es doloroso pensar que todavía no estemos capacitados para vivir solos, sin ídolas ni idólatras!

Recorred la historia y encontraréis la nulidad de los hombres que se han abandonado a si mismos para dedicar todo su pensamiento y acción, a la adoración de los dioses o de los que se decían sus representantes. Hubieron guerras de exterminio, matanzas horribles, en las que perecieron millones de seres, todo por creer a los ídolos de carne, mientras estos quedaban vivos para continuar haciendo daño.

A pesar de toda la maldad, sembrada en el mundo por los ídolos, a pesar de todo el empeño que han puesto y los crímenes que han cometido, siempre se han salvado algunos herejes; estos, que no se ajustaron a las normas establecidas por los interesados, por los ignorantes, han sido los que en muchas ocasiones dieron sus vidas en defensa de la razón y la verdad.

Los estudiosos de todos los tiempos, han sido odiados por los partidarios del oscurantismo, pero a pesar de los esfuerzos de todos los interesados en que la luz no se hiciera, ésta se abrió camino, proyectándose por toda la tierra y hoy los mismos idólatras que quieren la inmutabilidad del mundo, se aprovechan de la ciencia, su enemiga más directa, y se aprovechan de todo lo útil y bueno que los hombres hacen, pero sus conocimientos son tan escasos que la mayoría viven veinte siglos atrasados.

Es sorprendente ver en el campanario de toda iglesia, un pararrayos o «un paradios», como le llamó el obispo de Santiago de Chile; a las estatuas divinas con luz eléctrica en la cabeza; a los fieles, ir a adorar a los fetiches, en automóvil, que si agarrara en su carrera a todos los ídolos e idólatras, los haría añicos, lo mismo que a cualquier mortal. Mientras todos se aprovechan de los adelantos modernos, los idólatras, con la cabeza llena de prejuicios, roban y explotan al que pueden, reverenciando estatuas de barro, madera o yeso y manteniendo a una caterva de zánganos, por no darse al estudio de todos estos problemas que son de suma importancia para el desarrollo de la moral humana.

En el orden de la política, ocurre más o menos lo mismo. Se sabe por experiencia que los hombres políticos son tan canallas como los de sotana, pero la cobardía, los escasos conocimientos, el creer que tal o cual político se ha de preocupar del bienestar del pueblo, han hecho ídolos de tales tipos; ¡cuesta tan poco ir a depositar un pedazo de papel en la urna electoral, en cuyo acto ejercen sus «derechos» los ciudadanos! Es bastante; con ello se sacan de encima el trabajo de pensar y estudiar.

Creen los adoradores de tal o cual falsario político, que éste ha de pensar por ellos y ha de ocupar el tiempo en estudiar los problemas que sólo ellos son los llamados a resolver.

Si los idólatras siguen creyendo que después de muertos (materialmente, porque moralmente lo están desde hace rato), gozarán de bienestar, pueden continuar en esa creencia, que estamos seguros irán a una sepultura más o menos lujosa, pero sepultura al fin y de ahí no se moverán, por muchas velas que les prendan y por muchos «padrenuestros» (de ellos) que les recen.

De los políticos, no esperen, de pie, redención; se van a cansar en tal posición; mejor es que se sienten o se acuesten, mientras los padres de la patria estudian la forma de dejarlos más pelados de lo que lo están, ya que es la única preocupación de los saltimbanquis de la política.

Si en el orden político y religioso, es dañina la idolatría, si hace a los hombres lacayos, incapaces de pensar por si propios, si no estamos de acuerdo con los ídolos de barro ni de carne, tratemos de derribarlos en cualquier parte que surjan, no haciéndonos adoradores de nadie.

Podremos admirar la actividad y la inteligencia de determinados estudiosos, de los inventores, de todos los innovadores, pero de esto a convertirnos en adoradores incondicionales, hay un trecho enorme. Si la idolatría hace estragos en otros campos, no diremos que no los haga también en el nuestro o sea entre los anarquistas. También está invadido por este microbio, a pesar de que nosotros nos empeñamos en decir y creer de que estamos exentos de prejuicios idolátricos.

¡Hace muchos siglos que la humanidad adora hombres y fetiches! Esforcémonos por sacar de nuestro cuerpo todo espíritu de religiosidad. Estudiemos las cosas y no tumbemos una religión y unos ídolos, para poner otros en su lugar.

Muchas veces se nos presenta un individuo bien trajeado, con lenguaje un tanto difícil; nos habla de ideas, nos plantea un problema más o menos interesante y ¡zás! ya estamos cazados en las redes de la idolatría; lo que él diga, se hará; cosa verdaderamente reprochable que suceda entre anarquistas. Hay que quitar del camino de la libertad, todo lo que pueda constituirse en obstáculo para el desarrollo moral de los hombres.

Pensemos con nuestra propia cabeza, tratemos de adquirir todos los conocimientos posibles y obremos en todo momento de acuerdo con la independencia personal, siempre que no causemos al semejante, mayor perjuicio y siempre con nuestro razonamiento, como arma.

¡A tumbar la idolatría, esté donde esté y llámese como se llame!

Javier Gacía.

Rosario.

Contra el espíritu antianarquista de la F. O. R. A., es obra anarquista propiciar la asociación libertaria de los trabajadores

En su lucha contra la tiranía han tenido los que quieren que la libertad sea una realidad sobre la tierra, que chocar contra todos los opresores, rompiendo lanzas muchas veces hasta con las personas más queridas, en defensa de sus ideales. Cariño e interés no han impedido que la verdad hablara, justiciera, en sus labios. Tras su marcha a la nueva sociedad, han quedado muchas murallas abatidas, muchas trampas deshechas y muchas lastimosidades despreciadas, porque las fuerzas de vida que en ellos anidan no pactaron nunca con los protervos, ni enturbiaron sus claras fuentes en la pestilente de la autoridad. Por eso esplendió tan alto, por eso en las turbulencias de las agitaciones del pensamiento y de la acción, surgió pulido, vibrador, siempre en avance, el ideal anarquista.

¡La autoridad! ¡Cuánto dolor ha sembrado en el pueblo! ¡De cuántas formas se ha revestido para embaucar a los sumisos, desde el Estado, el capitalismo, la iglesia, el cuartel, el teatro y la escuela, hasta el hogar y el sindicato! Poliforme, sus tentáculos se han adherido a todas las ramas de la vida, han absorbido todas las actividades de los hombres. De ellos, sólo una minoría han querido, quieren su total extinción: los anarquistas. Por eso se han descargado sobre ellos todos los vituperios, todas las persecuciones, todas las maledicencias. Estado, capital, etc, han sido sus eternos enemigos.

Uno flamante se yergue hoy, ya amenazador, pleno de fatua altanería: la organización obrera, que si rechazada en sus formas sindicalistas neutras, socialistas, comunistas, se ha desarrollado, en cambio, invasora, entre nosotros, bajo ese aspecto de cristal sucio del anarco-sindicalismo representado por la F. O. R. A., que constituye una de las tantas barreras puestas al recto sentido de la propaganda de nuestros ideales y a la realización práctica de ellos.

Recorran los panegiristas del «quintismo» toda la región argentina; pregunten a los trabajadores; palpen la conciencia popular, y enmudecerán sus fáciles lenguas ante la triste obra que, sin embargo, en nombre de la libertad y de la anarquía se ha realizado.

¡Ejemplos! ¡ejemplos! se pedirá a la verdad, que es rebeldía, irreverencia. ¿Acaso son necesarios? Cuando el leñador tala el monte, apila leña y en las treguas del trabajo, contempla el monte despejado, la pila repleta, tal la troja plena de granos, se siente satisfecho, cumplimentado por el trabajo mismo. Pero si lo que le rodea es despojo inútil, tendrá que reconocer, si no es un obsecado, que sus golpes han sido al aire, como dados en el vacío.

¿Y, no presentan todas las formas de organización sindical, ese aspecto de desolación, de cuchillada al aire, de semillación contraproducente? Imposiciones: base de la tiranía; caudillismo: efecto de propiciada ignorancia y sumisión; egoísmo: fruto vigoroso de la falta de solidaridad; odios: consecuencia fatal de tal sistema. El espíritu espontáneamente libertario ha sido muerto por quienes, entre sus ideales y el medio ambiente, han pactado con el último. Consejos, comisiones, secretarios, delegados, han sido los creadores de esta nueva forma de dominación, en la que puede decirse no hay excepciones. El «sígueme y obedece,» descarado o encubierto, ha sido la voz de independencia frecuentemente usada. El «cotiza, trabajador», el llamado a las conciencias. «La mayoría ha resuelto», la ejercitación del libre acuerdo. «Los intereses económicos», la visión del amplio problema social. Y con estos «principios», salpicados con posturas de anarquismo, se ha querido abatir el imperio de la autoridad, acaparando el trabajo; obligando a la desocupación; creando la lucha entre explotados; olvidando que ante el problema de la maquinaria, tenía que surgir el de menos trabajo para todos, y no solamente para *la clase privilegiada sindicalizada;* propiciando la rivalidad de intereses al sustentar las diferencias de salarios y haciendo, en fin, lugar a los logreros políticos, a los vividores, a los chantagistas y a los profesionales del crimen y la violencia, como los Cabanillas y demás invertidos morales.

La F. O. R. A., no puede, no podrá nunca, mientras se desenvuelva como en la actualidad, representar un movimiento obrero trabajado por los anarquistas; y se mienten y se engañan—mintiendo y engañando a los compañeros de aquí y de otros países—los que quieren, quién sabe movidos por qué fines desconocidos, presentarla como tal. Y creemos también que se equivocan los que creen que el mal es cuestión de hombres y no de sistemas, y que hay que rescatar de los logreros—como el sepulcro del Quijote, de los cabreros—el espíritu de la Federación, retornando a los viejos principios federalistas.

No tapiemos voluntariamente nuestras entendederas: ni con el espíritu dictatorial de la F. O. R. A., actual, ni con el federalista de mañana, des-

tinado a caer en la dictadura.

¡No más federaciones, no más comisiones, no más jefes, no más obligaciones! ¡Libertad, libertad! Que el triunfo y la propaganda se realizan en el local como en la fábrica, en la plaza como en la cárcel, en la chacra como en la planchada o la alcantarilla. Que la rebeldía sea hija espontánea de las conciencias liberadas; que el sentimiento societario no halle vallas en las imposiciones; que nuestra propaganda no vitalice odios.

Sinceridad en el pensamiento y valentía en decir, pese a todos, la verdad, caracteriza a los anarquistas, como así, la identidad entre sus medios y sus fines.

La entraña misma sufre con este desgarramiento, pero ¡qué saludable es! ¡Con cuánta fuerza corre en nuestras venas la sangre! ¡Qué alegría inmensa pensar que sobre la tierra esclava se alza pleno nuestro verbo de libertad, así íntegro, claro, destacado!

Compañeros: por encima de los afectos y del recuerdo, no seamos más «quintistas»; no encharquemos nuestras ideas en ese conglomerado indefinido que los que han referido su vida a los bajos intereses, llaman «santa madre F. O. R. A.»

¡Ni F. O. R. A., ni U. S. A! ¡Anarquía! ¡Anarquía! Si aceptamos directores hoy, no reneguemos de los tiranos mañana. Como anarquista, con el pueblo; como pueblo, con los trabajadores; pero para la libertad, no para la tiranía. Sí, sí. Trabajadores somos; junto a ellos sufrimos; junto a ellos luchamos; con ellos iremos a las barricadas. Propaguémosles ideas sanas, rectas, anarquistas. Que se asocien, pero como hombres libres, independientes, por la capacitación que en cada uno de ellos hayamos desarrollado. ¡Sí, sí! Arranquémonos el dolor enorme que nos aguijonea al rodar por campos y ciudades, haciéndonos eco de las voces que en todos lados, a nuestro paso, gritan:

¡Propaganda y práctica anarquista! ¡Propaganda y práctica anarquista!

José M. Lunazzi.

Las Rosas.

Nota de Redacción.—Como se ve, el autor de este artículo funda su crítica, por oposición a una serie de males propios de toda asociación de trabajadores, males fatales a toda organización de defensa surgida en la sociedad burguesa contra sus avances de prepotente y explotadora, males, por eso mismo, inherentes al medio en que vivimos y que sólo desaparecerán cuando ese medio sea exterminado. Estamos, pues, frente a un caso de crítica anarquista perfectamente justa y atinada. No siendo las ideas las que unen a los trabajadores sino los intereses económicos (y esto, como se sabe, de un modo demasiado provisorio); no siendo el espíritu de rebelión el que los acerca, sino la necesidad de mejorar (espíritu del reformismo: todo el mundo quiere mejorar y esto es imposible para todo el mundo, dentro de la sociedad burguesa; no hay otro camino que el de la revolución); y siendo nada más que esta necesidad de mejorar, el motivo único de preocupación de los trabajadores, genéricamente hablando, es claro que en cuanto a objetivos libertarios, toda organización adolezca de un vicio, de un mal de origen. Añádasele a esto que la ignorancia de los obreros en general, respecto a lo que realmente les conviene: emanciparse del salariado, corre parejas con sus prejuicios religiosos y políticos, y tendremos este resultado: que su asociación, tal como se realiza, es una fatal incubadora de todos los males a que el compañero autor del artículo, se refiere, y que hace muy bien en combatir. Lo lógico, entonces, para que nuestras actividades fueran el reflejo más fiel de nuestras ideas aplicadas a las necesidades inmediatas, urgentes y transitorias del mundo del trabajo, sería propiciar la asociación libertaria de los trabajadores, como el autor expresa. Y en tal sentido, el pacto y demás declaraciones de la F. O. R. A., no aspiran a menos. Teóricamente, ninguno puede disentir con el autor. ¿Pero qué quiere éste? Quiere, como se deduce y dice claramente, que haya la mayor identificación posible de nuestros medios con nuestros fines. Y en esto nadie puede, en rigor, estar en desacuerdo con él. Pero él advierte, que los medios de la F. O. R. A., están en contradicción con sus fines; y de ahí es que proteste, reclame de esa contradicción. ¿Cómo resolver, entonces, este problema de identidad de nuestros medios con nuestros fines? El autor lo dice: no propiciando sino asociaciones libertarias de trabajadores; conquistándolos por el camino de la conciencia, no del estómago. Nuestra misión, pues, por ahora, ante los hechos, (nuestra misión de anarquistas), debería reducirse, en las organizaciones, a la crítica de todos sus vicios y a la propaganda de nuestras ideas y todo cuanto les es propio, sin ingerencias de ninguna otra clase que pudieran llevarnos a un terreno de autoridad o de direcciones. Todo esto se ha discutido en Europa muchas veces.

Pero, y aquí está la madre del borrego, con una actitud así de parte nuestra, habrían de caer muy pronto, las organizaciones que siguen nuestra influencia o nuestras inspiraciones, (quizá fuera más justo decir nuestros mandatos) en manos de nuestros enemigos más declarados y más diversos, y, como es lógico suponer, seríamos combatidos con las peores armas; (hoy mismo puede advertirse esto en todas partes); seríamos, uno por uno, descalificados; poco después, expulsados como gente apestada, para que no contamináramos a los demás; y por último, hasta perseguidos en el trabajo mismo, (en este camino estamos muy adelantados) ya que el poder de la organización en manos de sus duchos directores, conseguiría que los patrones nos arrojaran a la calle sin más ni más. Y los directores se quedarían tan orondos y tan satisfechos, justificándose ante las masas con esas palabras en mucha boga, que sirven para inutilizar al adversario, como en Rusia la de contrarrevolucionario y aquí, entre nosotros, la de divisionista o la de camaleón, usada hasta por los mismos compañeros de nuestro movimiento contra cuantos protestamos de ciertas actitudes evidentemente antianarquistas, que suelen asumirse entre nosotros.

Es indudable que colocados en una posición así, habríamos perdido en influencia directa, sobre las masas organizadas, lo que habríamos ganado como consecuentes con los principios que propagamos, pero se habrían acabado para nosotros nuestros movimientos pro Wilckens, Silveyra, Sacco y Vanzetti, etc, etc, y demás cosas y asuntos que, poco o mucho, advierten a la burguesía que sus avances y atropellos tendrán siempre respuesta, en tanto ejerzamos esa directa influencia sobre las masas.

Son estas, simplemente, cuatro reflexiones que ofrecemos al autor de las líneas precedentes, líneas que si nos convencen en cuanto se refieren a las inconsecuencias flagrantes en que suelen caer los anarquistas de marcada actuación en la organización obrera, no logran, sin embargo, decidirnos a abandonar esa organización, para influenciarla tan sólo desde afuera, a objeto de evitar así ser contagiados del autoritarismo y vicios o males inherentes a tal organización.

Con todo, no desconocemos que a una frecuente situación de esa clase van a llegar, tarde o temprano, aun dentro de la F. O. R. A., cuantos amando las ideas anarquistas luchen por la mayor consecuencia con ellas, de esa institución, que todos hemos contribuido a sostener, a magnificar, y no para que se yerga amenazante, levantando los puños llenos de excomuniones contra los que señalen sus tropiezos o rehusen someterse a ciertas resoluciones que repugnan a su conciencia de anarquistas.

Nos enfrenta, pues, el artículo motivo de las anteriores reflexiones, al siguiente dilema: O marchan nuestros medios en concordancia con nuestros fines, todo lo más posible, y así somos anarquistas, o no marchan de acuerdo, y entonces, para ser sinceros, debemos dejar de titularnos tales.

¿Qué dicen, qué opinan a todo esto los compañeros que refieren casi todas sus actividades a la organización obrera?

Estas páginas están abiertas a la discusión y nadie debe temer ser aquí injuriado por ninguno. No creemos en el valor de la insolencia, ni hay cafres entre nosotros, que atropellen chuza en ristre y alarido entre las quijadas, a los adversarios.

Puede, pues, el que guste, exponer al respecto lo que crea conveniente. Los anarquistas vivimos en polémica con el mundo entero, y no es cosa de sacarle el cuerpo a los temas que atañen a nosotros mismos.

Comité Pro Presos de B. Blanca

Los gremios, agrupaciones y compañeros pueden enviar los giros a nombre de Constantino Suarez y la correspondencia a nombre de Mariano Rubio, nuevo tesorero y secretario respectivamente, elegidos en reunión del 21 del corriente. Dirección: Las Heras N° 54.

¡El Secretario.

Marzo de 1924.

Sobre la esencia de la anarquía

Surgió en el universo en medio de todas las imperfecciones humanas y fué víctima, por su espíritu de perfeccionamiento, en todo los tiempos, y mártir seguirá siendo en los por venir. Nunca la humanidad será perfecta en la forma que ésta palabra encierra. (1) Esta misma filosofía de la vida será en su trayección, el aliciente a nuevas aspiraciones en todos los momentos. Si supones la eterna evolución de la sociedad, deducirás que la anarquía la irá trabajando, como una ley del constante mejoramiento humano.

La evolución o la involución será siempre examinada, observada por los hombres. Si la marcha humana es hacia atrás, todo desaparecerá; si es hacia adelante, se elevará siempre mucho más arriba. Allí donde la experimentación del sabio alcance buenos resultados, tendrá la aprobación social que aprovechará esos resultados. No importa, sin embargo, la creencia del sabio. Lo que importa es la vida. El bueno de Delfino dijo en uno de sus cursos científicos: «Hubo sabios que se obligaron a creer en dios, para poder tener los medios con que hacer sus experimentos, pero no porque viviera el tal dios en sus experimentos» ¡Y como no iba a ser así, en tiempos en que la religión lo tenía acaparado todo, en tiempos en que la humanidad tenía en cuenta este precepto: «Guárdese muy bien en decir la verdad, señor filósofo». (Nietzsche). Esto todavía hoy es homenajeado por ley de herencia o por tradición. Sin embargo, a pesar de aquellas épocas, como de ésta y como de las que vendrán, la anarquía vino, está, y seguirá siendo la voz de la verdad. Todo lo verdadero, lo bello, lo perseguido, ha sido, es y será, históricamente considerado, la gloria de la vida.

La vida cada vez se hermana y embellece más, ¿no es eso? Busca, entonces, cómo se embellece.

El pensador es el que forja las nuevas ideas, el que crea los nuevos valores que hacen mejor la vida de la humanidad.

La escultura, la pintura y la música, los tres grandes valores del arte, sino forman con sus creaciones, la belleza y el motivo ideal de superar el gusto apreciativo de la vida, no podrán tener eternidad; a lo sumo, serán el presente que pasa y se olvida por carecer de la esencia que quiere perennidad. Alejados, naturalmente, del ideal esencial que aspira a mejorar la vida de la humanidad en todo los tiempos, pasarán sin dejar ningún rastro en las conciencias.

La anarquía vive para todos los tiempos y vive como valor de perfección humana. ¿Cómo? En todas las cosas que tengan movimiento.

El labriego y el artesano tienen tanto valor como el artista, pues son útiles a la vida y la sociedad. Lo único que los desmerece es que se dejen chupar la sangre por los avaros de la riqueza humana. Falta el concierto armónico en la vida; por eso el paria se sume en el dolor. ¡Y cómo se conforma! Es que le falta al paria, ese pálpito armonioso que lleva en sí la superior filosofía de la anarquía. ¡Y eso que ella clama constantemente, por arriba de todos, en la esperanza de que los hijos del dolor la quieran! ¿Es que les falta mirar hacia arriba? ¡Caramba si les hace falta! Tienen la paciencia del camello, que se arrodilla para que lo carguen y luego llevar al amo que lo monta. Eso de yapa. ¿Será porque la esencia de la idea es tan suprema, que no la pueden amar todavía? Sí, eso es: su belleza no puede vivir en los cuerpos y objetos faltos de amor y de comprensión. Por eso es también que a sus heraldos les indica como norte primordial, el propio perfeccionamiento. Y tal es lo que debemos hacer para mejorar la vida en todos sus sentidos; para que la anarquía venga a la vida, en una forma y modo general, a dar trayectorias a las nuevas civilizaciones que todavía nosotros no sospechamos cuáles serán.

Santiago Villarruel.

Buenos Aires, 2/11 1924.

(1). Felicitémonos de ello. La perfección sería el fin, lo estático, el silencio absoluto, el eterno reposo: término de las sensaciones y de las emociones, conclusión de todos los movimientos, fijeza de todas las formas, cese de toda aspiración. Vivir sin pensar, sin sentir, sin amar, y en absoluto sin necesidades de ninguna naturaleza, eso sería la perfección. Para la conciencia, eso es la muerte. Felicitémonos, pues, de lo imperfecto. Mientras así sea, siempre habrá un más allá, siempre se abrirá un horizonte ante cada paso; y tras cada horizonte, rutilará siempre una belleza o una idealidad.—N. de R.

Carta crítica

A propósito del indulto o del perdón

Por JESUS GOMEZ.

(*Continuación*).

Representando mi condena un golpe artero y brutal, deliberado taimadamente como consecuencia del odio que agita a los servidores de la organización estatal, contra las vanguardias del pueblo que los ataca, sería meramente pueril acudir a esos servidores con el deseo de obtener una rectificación, verdadero juego de chiquillos, porque afianzados con nuestro consenso en las facultades de condenar arbitrariamente y lucirse en la magnanimidad de eximir de las condenas, estas menudearían tanto más cuanto mayor fuera el número de las condenas perdonadas. ¿O es que hay botarates que piensan que los poderosos se dejarán derrocar impunemente? Fuera ignominioso impetrarle sus favores a los que malévolamente se apartan de la equidad, sonreír al atropello y acariciar la mano que oprime.

No veo más que una conducta plausible, si es que se quiere levantar un dique sólido a las invasiones inicuas del gobierno y como medio de organización de las instituciones sanas, o aunque nada más fuera que como arma eficaz en un momento dado, y es recurrir a las energías latentes en el pueblo, que supongo no se sujetará actualmente en el escepticismo anulador y retardatario que niega que el pueblo sea una entidad capaz de desarrollar la pujanza que renueva los sistemas sociales. Cuando se deje de creer en la savia popular, en lo infalible de sus sacudidas purificadoras, de la videncia que invade a las multitudes, de su equidad y desinterés en los días álgidos de transformación social, entonces toda la misión liberadora se derrumbará estrepitosamente, y los apóstoles de la regeneración humana quedarán reducidos a charlatanes de feria espiritual, a malabaristas de palabras simpáticas y cordiales. Y el papel que se desempeñara de tal modo, quedaría por debajo del plano que ocupan los legalitarios, que si cual pretendieran llenar el tonel de las Danaides, gipan empeñados en purificar las normas lícitas. Efectivamente, sin excepción, todos los partidos del poder autoritario han sacado y creado, con objeto de regular y contener los naturales desafueros del gobierno, la acción pública de las multitudes.

Al presente, es axiomático lo indispensable de esa fuerza que fiscalice a los gobernantes, como es el que los partidos políticos se vigorizan en la opinión popular. Revísese la historia y se notará junto a la obra ampulosa y mezquina del Estado, la inmensa, medular y nutritiva obra de la sociedad, organizada no por pensadores que negasen, como lo negamos los anarquistas, utilidad de algún género al gobierno, sino por los que lo estimaban ventajoso e insustituíble. Revísense los textos y las doctrinas de todas las edades, y se descubrirá idéntico resultado: todos edificando las más extrañas figuras en la única y formidable materia del pueblo. Voy a citarte algunos ejemplos, aunque tu conocerás muchos más.

Victor Hugo en una ocasión que el gobierno quisquilloso le prohibió representar una obra en el teatro, lo que le perjudicaba enormemente, tanto en sus intereses pecuniarios como en su reputación de escritor consciente y honesto, tuvo oportunidad de decir que los ruegos y las solicitudes que, acaso mezquinamente, le aconsejaba su interés, se los prohibía entablar su deber de escritor libre. Y agregaba que pedir favor al poder era reconocerle; (y esto no lo decía porque él fuera enemigo del poder en sí, sino por las extralimitaciones en que incurría); y que la libertad no debía pedirse en las antesalas, que un derecho no se solicitaba como un favor: *para conseguir el favor, se acude ante el ministro, para un derecho se reclama ante el país...*

¡Tomen nota los mendicantes libertarios, de la entereza de un pensador legalitario, calmoso defensor del cetro que lo flagelaba,—reinado de Luis Felipe! Y el atropello que tanto sublevaba al escritor, no hería ninguna existencia personal, ni siquiera un problema estrechamente enlazado a la cuestión social, en el sentido más lato de la frase, pues se refería a las prerrogativas del arte.

"Nuestro Grito"

Acuse de recibo del importe de las listas pro edición del folleto «Puntas de fuego», original del compañero Francisco Lattelaro.

Listas a cargo de los camaradas siguientes: **Balcarce:** Mercedes Vazquez 16.50. **Tres Arroyos:** B. Bandone 3.50, Toribio Puente 11.10, Natalia Liñan 1.50. **Necochea:** Juan Infantino 11.70. **Coronel Dorrego:** Estanislao Ruiz 7.20. **Copetonas:** Bernardo Alvarez 6.65. **Oriente:** Joaquin Di Pablo 8.50. **Avellaneda:** Esther Rivarola 10.00. **Lobería:** Manuel Berciano 9.50, Julio Simón 11.50. **Mar del Plata:** Domingo Matarazzo 14.55. **Total $ 112.20.**

Por la Agrupación de Propaganda Anarquista «Nuestro Grito»,

TORIBIO PUENTE.

VALENTIN CALVO.

Tres Arroyos.

NOTA.—Rogamos a los compañeros que aun poseen listas, las remitan a nombre de Valentin Calvo, calle P. N. Carrera Nº 287. Tres Arroyos, F. C. S.

Para que se vea la poca importancia que siempre se le ha conferido a las funciones del gobierno, podemos fijarnos en la opinión de un moralista burgués, Smiles. «Son los hombres,—dice,—considerados individualmente, y el espíritu de que están dominados, lo que determina la situación moral y la estabilidad de las naciones. El gobierno, después de todo, (podemos poner, nosotros, ante todo) es pocas veces mejor que el pueblo que gobierna. Si las masas tienen la conciencia, la moralidad y los hábitos sanos, la nación será dirigida, honrada y noblemente; si, por el contrario, son pervertidas, egoístas y deshonestas en el corazón y no reconocen ni fe ni ley, la dominación de los pícaros y de los fulleros se hace inevitable.»

Pensamientos son que abonan de un modo claro y terminante la superioridad básica de las multitudes sobre el Estado, y la necesidad de cultivar los valores de ellas, para oponerlos con éxito a los despropósitos gubernamentales de toda índole. Eso demuestran ignorarlo los salvadores ultramodernos que merodean en torno de los ministerios, para recoger los desperdicios del derecho que los potentados arrojan. Y si hánsele esfumado los efluvios libertarios aspirados en las páginas de Kropotkin y Nietzsche, podían alimentarse de las ideas de pensadores de hoy en día, que si no son predicadores de la revolución social, emiten juicios que confirman su necesidad y los modos de realizarlas. Así, por ejemplo, ha llegado a mis manos un trozo de diario que contenía un trozo de correspondencia de Azorín, en donde hace éste un comentario de un libro nuevo de Ortega y Gasset: «El tema de nuestro tiempo». En ese libro se afirma y corrobora el concepto de que hay causas profundas que determinan exclusivamente los cambios de la historia, contando como principal, el autor, la que define por sensibilidad, y que en términos explícitos viene a ser el modo psicológico conque la muchedumbre interpreta los sucesos o la vibración que estos producen en la psicología popular. Ahí se establece que no es la algarabía de las mesnadas políticas la que marca rumbos a la sociedad, y se leen apreciaciones de franca renovación: «Nuestra generación, si no quiere quedar a espaldas de su propio destino, tiene que orientarse en los caracteres generales de la ciencia que hoy se hace, en vez de fijarse en la política del presente que es toda anacrónica, y mera resonancia de una sensibilidad fenecida. De lo que hoy se empieza a pensar, depende lo que mañana se vivirá en las plazuelas». Y, a propósito de los elementos de metamórfosis: «Ningún pueblo se da la libertad que no tiene. El derecho es una segregación de las muchedumbres, a lo largo de las generaciones. La sensibilidad—productora del derecho—ha de ir modificándose poco a poco, transformándose, creando grandes y generales modalidades nuevas. Y esas grandes modalidades de la sensibilidad colectiva—no la razón—son las que determinan, en un momento dado, un cambio hacia otra vida».

Sin entrar a discutir la importancia que tengan la razón o la sensibilidad pura, en la marcha de los pueblos, ya predomine una u otra, es innegable la necesidad, al perseguir un objetivo social, de laborar en la sociedad la modalidad que conduzca a él. Y ateniéndonos a que las costumbres crean los caracteres, que en moral como en física la función crea el órgano, la petición de favores a los gobernantes es el medio más seguro de entregar a los pueblos a los ineptos caprichos de aquellos y grabarles la modalidad de balar humildemente hacia sus señores, dejando a estos llevar el curso de la vida por el cauce tortuoso de su interés particular.

Ninguno de los credos políticos o religiosos conocidos, han enunciado la oposición a los actos de gobierno, en la magnitud que la expresan las teorías anarquistas; y a pesar de ello encontramos en los sostenedores de todas ellas la heroica resistencia personal a las imposiciones absurdas de los tribunales oficiales, que rebajaran la dignidad individual y el esplendor de sus creencias, En número incontable se encuentran en todos los períodos de alumbramiento, los creadores que se han conformado a los más cruentos sacrificios, primero que aceptar situaciones que importasen un menoscabo a las proposiciones que defendían. Es el *Justum et tenacum* de los latinos; es Lutero que no se intimida por el bando lanzado contra él por la Dieta de Worms, ni vacila en su cautiverio de Wartburg, ni se somete por las amenazas del emperador, porque su conciencia le dicta que es falsa la autoridad de los papas; es la exclamación de Galileo: *¡E pur si muove!*, que representa el lábaro de la tenacidad del Renacimiento ante los ataques desesperados de la agonía del Medioevo.

Vivía en la corte de Dionisio el Antiguo, tirano feroz de Siracusa, el poeta ditirámbico Filóxeno. Decir cortesano es decir adulón, más agregándole lo de poeta ditirámbico, es completar el prototipo del adular con el arte especial de la adulonería. Este adulón de base cuadrada, según el decir de alguien, tenía puesto su caudal de ecuanimidad en el amor que profesaba a las reglas de la poesía, (en algún lado arrinconan los seres sus buenas cualidades) y se permitió por ello desaprobar unos versos hechos por su señor. Fué encerrado por ello en las latomías, terribles prisiones subterráneas. Al poco tiempo fué llamado para juzgar otros versos no mejores. Estaba expuesto a las iras de quien no en balde se había ganado el calificativo de tirano. Se trataba de meras formas de dicción, de armonías de palabras y no de armonías universales. Pues bien, aquél servil, corriendo el riesgo de ser colgado, no quiso afrentar las letras, aprobando las malas rimas del príncipe y por única explicación al fallo que se le pedía, dijo: *Que me vuelvan a las latomías*. Prefería soterrarse a degradar el arte.

¡No es posible que nos portemos con más bajeza que el poeta adulón Filóxeno!

COMTINUARÁ.

Grupo "Cultural Racional"

Todos los compañeros que se interesen por la propaganda del ideal libertario, esperamos que tomarán en cuenta algunas de las indicaciones siguientes:

1.º Enviar cuando menos 5 o 10 ejemplares de periódicos libertarios, para hacerlos circular entre los trabajadores. 2.º Enviar un folleto o libros de cuantos sea posible para la Biblioteca «Cultural Racional». 3.º Enviar una obra de teatro de cuantas se puedan conseguir en esa región, siempre que sean de orientación libertaria, anticlerical, etc, para el cuadro dramático «Emancipación Obrera».

Nosotros en cambio remitiremos prensa, folletos y libros de los que se editen por aquí. Y teniendo en cuenta la diversidad de precios, creemos conveniente advertir que adoptaremos este procedimiento, como medida de mayor equidad: si se nos envían uno o dos kilos de folletos y libros diversos, responderemos con otro envío del mismo peso.

Por el Grupo «Cultura Racional» y el Cuadro «Emancipación Obrera».

A. G.

Dirección: 2.ª de San Carlos 18. Aguascalientes. México.

Apuntes simples

La anarquía es la extirpación histórica de todo lo ancestral, la antítesis del barbarismo; por consiguiente la negación de todo hecho antinatural, es decir, es el reverso de la violencia sistematizada, de toda opresión o dictadura, aun cuando esta se llame proletaria. La anarquía, en una palabra, es aquello que rompe o trata de romper todo lo que obstaculiza y priva el libre desenvolvimiento del hombre, o de la mujer, y va pugnando contra todos los derivados de la violencia, partan éstos de donde partan.

El anarquismo es la sublime, la más elevada concepción de idealidad, que basada en la libertad, en la historia y en la enseñanza científica de nuestros días, ha adquirido la humanidad como base y fundamento para la conquista de días mejores de felicidad y bienestar para todos.

Los anarquistas estamos en pugna con esta sociedad corrupta, con este orden de cosas establecido, basado en el potentado y el asalariado, que justifica el lujo y admite la miseria, que provoca en nombre de intereses mezquinos, cobardes guerras, llevando al hombre a un estado de ferocidad abyecta, violentando la paz y el desarrollo progresivo de los pueblos. Por ello, nuestra concepción de anarquistas nos coloca por encima de los odios de castas y de clases, de fronteras y de razas; y por encima de las pasiones bajas y de los sentimientos ruines de los intereses comerciales de los piratas. Por arriba de todo esto, los anarquistas proclamamos la inmensa familia universal, la paz y el mutuo apoyo entre los hombres, la justicia, la ciencia, el arte, el pan y la libertad para la humana especie. Esto es lo que los anarquistas anhelamos.

La anarquía no es el desorden, como han pretendido hacerlo creer sus enemigos teóricos (Lombroso), ni es la bomba que derriba al tirano, ni el puñal que en su pecho se clave; sino el orden natural de las cosas, la libertad, en fin.

FRANCISCO LATTELARO.

Tres Arroyos 10-3-1924.

"Sobra de sentido común y práctico y falta de sentido propio y analítico"

Causa pena el constatar que en nuestro ambiente haya hombres que llamándose iconoclastas sean más idólatras que los católicos. Estos hombres-rebaños hacen más mal a la causa que ellos creen defender, que los mismos enemigos de la idea anarquista. Siguen a un pastor con la misma facilidad conque niegan la obra de cualquier compañero. Si perniciosa es la obra del pastor, calamitosa es la de ese rebaño que abdica de su conciencia, para pensar con la conciencia, siempre interesada, de los que sólo ven en las masas populares, anchos lomos para encumbrar sus diminutas personillas. Y ser idólatra, llamándose iconoclasta, és como mirarse en una hoja de lata confundiéndola con un espejo.

No quisiera, al escribir, tocar «clarines ni flautas», por no caer en la misma «música» que tanto agrada al rebaño, pero entiendo que tampoco se puede estar con un pie en la «Ceca» y otro en la «Meca». O han de estar los dos pies juntos y pisando en firme, o salir a dar un paseíto por las afueras para respirar oxígeno. Se está con dios, y se es bendito, o con el mismísimo diablo, y se es maldito. Quédanos por saber en dónde se ha de estar, que sea uno más que menos, pues si está uno en donde se és menos que más, estando solo, al menos se és uno. Digo yo: la obra de Fulano, no me convence, y me fundamento en que yo estoy o hago obra mejor; éste es mi parecer. Si ésta mi obra la enfrento a la de Fulano, no soy yo quien debo de decir: «vale más que aquella», no; quien debe de juzgarla son los que de mi obra disfruten o se aprovechen; y mal papel desempeña quien sin observar una obra de cerca, la censura como mala.

Aquí se trata de hacer un «*puente*» que nos permita pasar de la esclavitud a la libertad. Para la construcción de ese «puente» hacen falta muchos hombres, hombres que previamente hayan concebido la bondad de dicha obra; ésta obra es de constantes trabajos y perennes sacrificios. Los ingenieros que hubieron previsto el infatigable esfuerzo que su construcción requiere, han dicho: «No hagamos la obra a medias; si hoy no hay hombres suficientes, o conciencias dispuestas para trabajar voluntariamente en la tal obra, hagamos conciencia, primero, que la obra se hará irremisiblemente; trabajemos para la propaganda exclusivamente». Y en ésta obra de elaborar conciencia, están, o estamos, los que simpatizamos con la libertad, es decir, con la idea de libertarnos de la mucha esclavitud que sobre nosotros pesa. Cuantos más voceen la necesidad de ser libres, más adeptos ganará la idea de la construcción del «puente», vale decir, de la revolución social. Mas hete aquí que los de la «Ceca», propagando los mismos fines y los mismos principios que los de la «Meca», se atribuyen ser los «únicos» que poseen los «planos» del «puente» a construirse; y los de la «Meca» les desmienten tales atributos; y es de ver las pedradas, los insultos, los sofismas que se lanzan a diario. Y dícese el rebaño, «cequista» o «mequista», y causa pena, y mueve a risa ver que los que sólo deberían tener capacidad para demostrar sus fines y sus principios, se entretengan en *jerguillas*, que por ser demasiado zahirientes y demasiado vulgares, obscurecen el cielo con el cual quieren demostrar su claridad. Y el rebaño, en vez de seguir peregrinando a sus respectivas mezquitas, debiera cerrar un poco más su abierta boca, y abrir los ojos y los sentidos, y pedir que se acaben de una vez éstos desatinos, exigiendo a unos y a otros que definan los motivos por los cuales, sosteniendo ambos los mismos principios y las mismas ideas, se desmienten mútuamente en perjuicio de la misma propaganda.

Si es que son los métodos de lucha a seguir la causa de ésta discordia, con una sana polémica abierta entre unos y otros, sin adjetivos caprichosos y mal traídos, ganaría la propaganda tanto como hoy pierde; y ésto debe de ser pedido cuanto más pronto mejor y, no por los que a capa y a espada defienden sus posiciones, sino por aquellos que no hacen más que pagar platos que se rompen, fuera de su buena fe y honestidad.

Conque, así, manos a la obra, en nombre del comunismo anárquico.

J. VERA.

Buenos Aires, 28 de Marzo 1924.

F. O. Comarcal de Villa María

En las reuniones celebradas por este Consejo Comarcal en los días 9 y 16 del corriente, después de considerar el contenido de la circular pasada por el C. F. de la F. O. R. A., con respecto a la adhesión de los ferroviarios a la misma, se resuelve: No aceptar el temperamento indicado, por entender que los plazos fijos a nada bueno conducen y además por ser una medida impositiva; y que retirarle el apoyo, en caso de no obtener la adhesión a la Fora, es negar el principio de solidaridad que informa la misma. Por estas razones se acuerda no dar curso a la nota. Puesta a discusión la medida del C. F. al retirar el apoyo al boicot a la cerveza Bieckert, se acuerda: Aplicar el boicot como hasta la fecha y desconocer en principio la resolución del C. F. por considerarla dictatorial, fuera de lugar y atentatoria al sistema federalista, principios que le dan razón de ser a la F. O. R. A.

Se resolvió además hacer públicos nuestros acuerdos, en la prensa anarquista.

En las reuniones de este Consejo celebradas en los días 23 y 29 del corriente, estudiando y discutiendo con detenimiento el informe del C. F. de la F. O. R. A. sobre los motivos que ha tenido éste para retirar el apoyo al C. Pro Boicot a la Bieckert, se resuelve: Mantener nuestra resolución anterior consistente en desconocer la actitud del C. F. por considerar que no existen motivos fundamentales para asumir una actitud como la asumida por el mismo. Si bien reconocemos que ha habido una inmoralidad en el C. Pro Boicot, ello no obsta para levantar el mismo, porque entendemos que hay una diferencia fundamental sobre lo que es boicot y comité. Y siendo las organizaciones adheridas las únicas facultadas para levantar un boicot por ellas aplicado, consideramos arbitraria la medida del Consejo al tomar una tan violenta. Si tenemos en cuenta que en otra oportunidad se adoptó otro temperamento con otro C. Pro Boicot, sin pensar que quedaría virtualmente muerto, como quiere justificarse para este caso el C. F. nos resulta más inexplicable su actitud, por cuanto aun considera acertada la medida tomada en aquél entonces, medida que no tuvo en cuenta tomar ahora en éste, cuando era precisamente el temperamento más indicado que cabría haber adoptado. Por otra parte, nos resulta fuera de lógica el argumento que exponen en el informe, al decir que obraron así porque de lo contrario «La Antorcha» los criticaría de contempladores, lo que quiere decir que de no haber mediado ésta suposición, otro habría sido el temperamento seguido.

Este Consejo pasó el informe a los gremios adheridos, los que se pronunciarán de un momento a otro y resolvió enviar sus acuerdos a la prensa anarquista, para su publicación en la misma.

SIMPLICIO DE LA FUENTE.
Secretario

LA rifa en circulación pro Comité Pro Presos y nuestra minerva, se sorteará en una velada a realizarse en los últimos dias de Abril y primero de Mayo.